

Al menos hay un lugar donde el bosque forma parte del agua. Y se mueve. Y se cierra a tus espaldas.

—Nunca nada es tan peligroso como te cuentan.

Ésas fueron las primeras palabras que escuchaba aquella tarde, sin saber muy bien quién las decía, de dónde venían. Me acababa de despertar después de una larga cabezada y, al salir a cubierta, la potente luz africana me deslumbró. Avancé trastabillando hasta la borda, sumido en un sinuoso movimiento de colores que oscilaban del morado al añil; de repente, el amarillo; un fucsia; o el violeta. Y la intersección derivaba en una neblina apastelada que, debido a su calidez, parecía atenuar el desconcierto. Pero el aire, ¿a qué olía? ¿Dónde estaban los aromas dulces de la jungla que nos habían acompañado a lo largo de tantos cientos de kilómetros? Algo había cambiado en el tiempo que dura un sueño. Aunque, ¿cuánto había dormido?

Me arqueé sobre la borda, aún cegado. Escuchaba el monótono oleaje levantado por la proa del vapor, el arrullo cotidiano de los últimos siete días. Intenté abrir los ojos pero la intensidad del sol y sus reflejos era aún excesiva, de modo que seguí sin descifrar el exterior, a merced de las cálidas brumas, entre los chillidos intermitentes de las bestias apostadas en la orilla, los graznidos de las garzas o las águilas.

Navegábamos hacia ciudades de las que en el norte casi nada se sabía, surcando las tórridas regiones meri-

dionales al final de la temporada de lluvias. Por eso, el cauce se había ensanchado magníficamente. Desde el día que zarpamos, por las riberas, o en las fértiles islas intermedias, habíamos visto pastar enormes rebaños de cabras de orejas colgantes. Al paso de *La Nave*, los segadores embutidos en blancas chilabas se detenían a observar el barco. Recortados contra el verde, a veces saludaban empuñando una hoz o un azadón. También vimos a jinetes mutilados que cabalgaban con su única pierna sobre burros sin ensillar.

El plátano, el tomate y la lechuga habían crecido como se esperaba de ellos, a la antigua manera del continente, veloz y majestuosa. Rutilaban las cosechas de guayaba, de limón, de naranjas, y, como había comentado Karnezis, el cocinero griego que regentaba una casa de comidas al otro lado del pantano, los mangos ya estaban listos para ser exportados a Arabia.

Durante las lluvias, las aguas habían inundado los campos inmediatos al río reduciendo algunos islotes a montículos anecdóticos que sólo ahora, con el regreso del Gran Sol, recuperarían el volumen que justificaba su nombre. De todos modos, conforme *La Nave* descendía hacia los territorios ecuatoriales, las huertas se habían ido esfumando. En su lugar se extendían arcillosas riberas, paisajes graníticos, formaciones cada vez más pétreas que anunciaban la incomparable desolación inminente.

—Incomparable, sí —subrayaba en cuanto podía el capitán Hisham, que fue marino durante décadas y en la etapa final de su carrera se encargaba de misiones esporádicas que le habían obligado varias veces a surcar las aguas del Sudd—. Incomparable.

Lo decía con los labios estirados en una mueca que mezclaba veteranía y preocupación, como si sugiriera que el atávico abandono de las dunas de arena o del propio océano que a lo largo de tantos años él mismo había surcado pudiera ser, al menos, igualado.

Era estimulante.

Era lo que yo buscaba.

Un aislamiento especial, que me alejara por fin de todo, sin ser la muerte.

Y seguimos remontando el río.

Hacía días que las aguas gastaban una espesura blancuzca. El fondo turbio impedía determinar las sincronías subacuáticas de los miles de peces que, como los pájaros, nos escoltaban. Pero pese a la corriente viscosa y a los eriales que flanqueaban a *La Nave* y a la cada vez más patente ausencia de camellos, indicadores de que el mundo conocido del norte se desvanecía, hasta la cuarta jornada no comprendí que nos adentrábamos en un paisaje definitivamente distinto. Fue al divisar la última estación militar. Hasta entonces habíamos superado varias, de hecho nos detuvimos en dos, enclavadas a las puertas de sendas aldeas donde nos agasajaron con bailes y comidas opíparas en fiestas que alcanzaron la madrugada. En la segunda estación, durante la cena vi entre sombras cómo un oficial estampaba la culata de su rifle en la mandíbula de un soldado, que se desplomó inconsciente. Dos militares lo apartaron de las fogatas. La multitud estaba concentrada en entregarnos cartas —algunas escritas hacía años— y regalos que deseaban hiciéramos llegar a personas que habitaban en el extremo opuesto del Sudd.

En una de las ceremonias, el anciano jefe se dirigió a Norton y le ofreció reverencialmente un tambor expresando su admiración por lo que había conseguido su Compañía y, en especial, por lo que íbamos a hacer: atravesar el pantano que en los últimos lustros había representado una barrera insalvable entre el norte y el sur. Norton cabeceó diplomático, y a la luz de las lámparas de queroseno pudimos observar la mancha de sangre que se le escurría nariz abajo. Frotó el dorso de la mano contra el labio mascullando improperios. Le tendí el pañuelo que suelo llevar y casi siempre empleo para casos similares, porque entre los ex-

tranjeros las hemorragias nasales son frecuentes, la amalgama de viento, calor y polvo propicia taponos que terminan reventando algunas venas pequeñas.

—¿Cuándo dejarán de joder? —dijo entonces Camille. Lo soltó en francés con un tono pizpireto, como si dijera «menuda noche preciosa» o «por qué no bailamos un rato», de modo que ninguno de los presentes, excepto Gerrard y yo, entendió lo que decía. Supongo que por eso me encontré con su mirada. Mientras Norton se secaba la sangre refunfuñando molesto por dar muestras de debilidad, agradecí al anciano el presente. «En nombre de todos, muchas gracias, señor.»

Esto ocurrió en la segunda estación militar, sí, y, aunque en adelante no nos detendríamos en ninguna otra, aún superamos tres estaciones más, si bien fue en la última, río arriba, cuando asumí el significado real de aquella garita construida con maderos apuntalados por clavos de cabeza gruesa. *Una estación militar*. Eso fue lo que pensé. El cobertizo emergía llamativamente artificial en un margen del río sin relieves: era la única figura que se elevaba más de medio metro del suelo en muchos kilómetros a la redonda. La contemplación del refugio austero en mitad de tamaña soledad me proyectó por primera vez al significado esencial de la maldita choza. Una iluminación debe ser así. Algo similar al escalofrío.

Había rebasado nueve, quizá diez techados como aquél, pero fue ante la imagen despojada de cualquier otro elemento alrededor cuando entendí, ¡entendí!, de qué se trataba. *Una estación militar*. Y tuve la certidumbre inexorable de acercarme a la verdad última del país donde había pasado cinco años de mi vida, de asomarme por primera vez en serio a esa realidad que me habían venido contando y había más o menos intuido a través de los seres incompletos que se arrastraban por las calles de la Capital difundiendo historias macabras de viva voz o con su sola presencia. Supe que había empezado a acceder al significa-

do real de aquella verdad que Occidente solía observar desde lejos pero sobre la que opinaba con determinación, yo mismo lo hice, porque de hecho me sobraban ideas al respecto: la guerra.